



LO QUE EL MUNDO DEBE A LOS FARISEOS

WHAT THE WORLD OWES TO THE PHARISEES

R. TRAVERS HERFORD

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE JAVIER ALCORIZA

NOTA DEL TRADUCTOR

Hay, pues, muchos más hipócritas de la cultura que hombres verdaderamente culturales, e incluso puede plantearse la cuestión de si una cierta medida de hipocresía cultural no ha de ser indispensable para la conservación de la cultura, puesto que la capacidad de cultura de los hombres del presente no bastaría quizá para llenar tal función. Por otro lado, la conservación de la civilización sobre tan sospechoso fundamento ofrece la perspectiva de iniciar, con cada nueva generación, una más amplia transformación de los instintos, como substrato de una civilización mejor. Las disquisiciones que preceden nos procuran ya el consuelo de comprobar que nuestra indignación y nuestra dolorosa decepción ante la conducta incivilizada de nuestros conciudadanos mundiales son injustificadas en esta guerra. Se basan en una ilusión a la que nos habíamos entregado. En realidad, tales hombres no han caído tan bajo como temíamos, porque tampoco se habían elevado tanto como nos figurábamos.

SIGMUND FREUD

Los caminos de la historia no son los caminos de la cultura. ¿Quién sabe lo que nos depararán los tiempos venideros? La historia está por escribir. Sin embargo, la cultura está, al menos parcialmente, escrita. La coincidencia entre la cultura pasada y la historia venidera solo puede ser motivo de especulación. Tal vez los hombres aprendan un día (un



“Yom Tov”) a pensar y a vivir de una manera más coherente de lo que lo han hecho en el pasado. Esa puede haber sido la pretensión de los hombres justos, de los treinta y seis Justos de la leyenda judía. Pero la ética no tiene por qué seguir los pasos de la estética. Una bella ficción no comporta necesariamente un escenario justo. En un pasaje de *Fariseísmo*, el ministro unitario y hebraísta Robert Travers Herford (1860-1950) citaba un pasaje del Talmud que menciona la exigencia que supone el estudio de la Torá frente a las fases por las que se alcanzan la realeza y el sacerdocio. La Torá contiene un poder más rico que el trono y exige una fe más íntegra que el rito. El mundo debe a los fariseos esa distinción. Que la idea del culto puede ayudarnos a mejorar la cultura no son solo palabras, sino un hecho que ha quedado registrado en la historia y la cultura del pueblo judío. Esa feliz coincidencia ya se ha producido. Queda en nuestras manos el propósito de reeditarla o, al menos, recordarla. Nunca se hizo de manera más oportuna que en la primera posguerra mundial, cuando Freud escribió las líneas que preceden a esta nota en *El malestar en la cultura*. Alzar la voz entre los escombros de una supuesta civilización, con la esperanza de “una más amplia transformación de los instintos”, era algo que debía quedar grabado en la memoria colectiva. El lector dará el paso que hay de los “hipócritas de la cultura” a los verdaderos fariseos. ¿Quién será hoy el público de esta conferencia? Digamos, por fin, que admite ser leída como una enseñanza parabólica sobre los hombres que se han atrevido a cruzar las puertas de la Ley.

Para la traducción, he seguido el texto de R. TRAVERS HERFORD, *What the World Owes to the Pharisees*, George Allen & Unwin Ltd., Londres, 1919. Quedan señaladas a pie de página las notas del traductor.

NOTA

La Conferencia Conmemorativa Arthur Davis fue fundada en 1917, bajo los auspicios de la Sociedad Histórica Judía de Inglaterra, por sus colaboradores en la traducción del “Servicio de la Sinagoga”, con el objetivo de fomentar el pensamiento y el aprendizaje hebreo en honor de un erudito no mundano. La Conferencia se impartirá anualmente en la semana del aniversario de su muerte, y la cátedra debe estar abierta a hombres o mujeres de cualquier raza o credo, quienes deben tener absoluta libertad en el tratamiento de su tema.

PRÓLOGO, POR EL TENIENTE GENERAL SIR JOHN MONASH

Deseo ofrecer mi más sincero agradecimiento a la Sociedad Histórica Judía por el honor que me ha hecho al invitarme a presidir esta reunión.¹ Soy plenamente consciente de mi incapacidad para hacer justicia adecuada a la tarea que se me ha impuesto. Durante casi cinco años he estado alejado de un entorno literario y filosófico, y pueden creer que

¹ Segunda Conferencia Conmemorativa Arthur Davis pronunciada ante la Sociedad Histórica Judía en University College, el domingo 6 de abril/nisan de 1919/5679. [T.]

después de una intensa concentración en la guerra durante un período tan largo —lo que significa mucha concentración—, uno puede llegar a olvidar gran cantidad de otros intereses humanos. Sin embargo, ahora es mi deber decir unas palabras a modo de introducción respecto a la ocasión que nos ha unido, al profesor que se dirigirá a nosotros y al tema que tratará.

Esta serie de conferencias, dedicadas al fomento del aprendizaje judío, ha sido inaugurada para conmemorar la vida y obra de Arthur Davis. Fue un estudiante profundo, un erudito profesional y un gran intérprete de la literatura hebrea. Su trabajo literario en la promoción de la gran versión del “Servicio de la Sinagoga” y su tratado sobre “Acentos hebreos” son bien conocidos. No tuve la suerte de conocerlo, pero puedo hacerme una idea de sus buenas cualidades y de su modesta personalidad abnegada por el respeto universal con que se le recuerda.

Ha sido un acierto conmemorar a un hombre así con esta serie de conferencias, y es un mérito de esta Sociedad haber asumido la responsabilidad de organizarlas y continuarlas. Es un tributo al saber de Arthur Davis, un saber de un tipo que ayuda a mantener viva la influencia del pensamiento judío en nuestra evolución social.

La primera conferencia del año pasado, pronunciada por el señor Israel Zangwill² sobre los “Pueblos elegidos”, la cual he tenido el privilegio de leer, es un buen estudio de un problema profundo, apropiado para los tiempos conmocionados en que vivimos y para las grandes cuestiones que ahora ocupan el primer lugar en la mente de los hombres.

Son ustedes conscientes de que el conferenciante, según las condiciones del fideicomiso, ha sido elegido sin consideración respecto al credo o escuela de pensamiento, y que no habrá límites para la discusión de nada.

Hoy damos la bienvenida aquí al segundo conferenciante, el reverendo R. Travers Herford, a quien tengo el privilegio de presentarles formalmente. Digo que lo hago formalmente porque es demasiado conocido por la mayoría de ustedes como para necesitar una presentación real. Sus obras y escritos ya nos resultan familiares. Ha escrito sobre el cristianismo en el Talmud, el fariseísmo y “Los dichos de los padres judíos”,³ y estos escritos lo han hecho bien conocido entre los estudiantes de literatura, y en especial de la literatura judía. También es conocido por muchos buscadores del conocimiento como el amable y siempre servicial jefe de la Biblioteca Williams en Gordon Square.

El señor Herford ha escrito mucho sobre el fariseísmo, un sistema en otro tiempo muy ultrajado, y ha demostrado, mediante una profunda investigación de su propia literatura, que hay, después de todo, mucho valor en él. Para muchas personas el término fariseo es sinónimo de hipócrita, pero lo cierto es que en esos escritos teológicos que atacan a los fariseos, el verdadero propósito era atacar solo a aquellos considerados hipócritas, y no su sistema de pensamiento y filosofía como tal. De hecho, no hay ninguna escuela de pensamiento que no tenga hipócritas entre quienes la profesan.

El tema del señor Herford para el día de hoy es “Lo que el mundo debe a los fariseos”. Ya tenemos asegurado, en sus manos, el tratamiento erudito de un tema tan

² Israel Zangwill (1864-1926), autor británico y defensor de la causa sionista, fue autor, entre otros títulos, de *Los hijos del gueto* (1892). Su obra de teatro *The Melting Pot* (*El crisol*, 1892) puso en circulación la metáfora que expresaría la “nueva raza” surgida de la fusión de nacionalidades de los inmigrantes en América. [T.]

³ Entre las obras de R. Travers Herford figuran *Christianity in Talmud and Midrash* (1903), *Pharisaism: Its Aim And Its Method* (1912) y *The Ethics of the Talmud: Sayings of the Fathers* (1925). [T.]

atractivo, y en su nombre le doy la bienvenida a esta reunión y le invito ya a deleitarnos con la presentación de su conferencia.

LO QUE EL MUNDO DEBE A LOS FARISEOS

Cuando se me invitó a impartir la segunda Conferencia Conmemorativa sobre la fundación Arthur Davis, acepté con una disposición que bien podría haber sido atenuada con más modesto autocontrol y con un humilde sentido de mi insuficiencia para la tarea que se me ofreció. Pero sentí y siento profundamente el honor implícito en la invitación, y si los que me la brindaron tenían tanta confianza en mí que estaban dispuestos a pedirme, que no soy judío, que emprendiera esta tarea, no podía sino responder que trataría de justificar su confianza lo mejor posible.

Realmente puedo decir que la tarea es formidable, tanto que debería haberla rechazado si no hubiera fuertes incentivos que me instaran a seguir adelante. Las dificultades son obvias. Entre ellas, no es la menor que tengo que seguir el ejemplo del distinguido hombre de letras que ha impartido la primera de estas conferencias conmemorativas hace un año. Así que me pregunto con las palabras de Cohelet (Eclesiastés 2:12): “¿Qué hará el hombre que viene en pos del rey?” No puedo competir con él en el campo que de manera tan brillante ha hecho suyo y, de hecho, aunque pudiera, no entraría en tal rivalidad. Pero sigo su ejemplo al tratar de servir con toda lealtad a la causa por la que se han organizado estas conferencias y al honrar la memoria del hombre con cuyo nombre se las conoce. No tuve el privilegio de conocerlo, y sería de alguna manera una impertinencia para mí recitar sus alabanzas o hablarles de sus excelencias. En su memoria estas quedan atesoradas, y yo estoy fuera de ese santuario, sin entrometerme allí salvo para unirme a la plegaria de que “los justos sean recordados eternamente” (Salmos, 112:6). Dedico la conferencia que debo ahora impartir a su memoria y a la causa de la promoción de la verdad religiosa a la que sirvió en su vida.

He mencionado hace un momento los fuertes incentivos que me han llevado a emprender la tarea ofrecida, a pesar de sus dificultades. El menor de esos incentivos no fue pensar que aquí había una oportunidad para otro intento de abrir una brecha en la barrera del juicio erróneo y la ignorancia que aún excluye a aquellos que apartan los principios de los fariseos de su debido reconocimiento a manos de los cristianos. Nadie dirá que tal intento no sea aún muy necesario, y menos ustedes, que en diversos grados sufren bajo ese error de juicio. Y si yo, sin pertenecer a la comunidad de Israel, pero habiendo aprendido, espero, mucho de sus más grandes maestros y de nadie más que de los fariseos, digo lo que he aprendido, existe al menos la posibilidad de que en este caso las palabras de un forastero pueden tener peso allí donde las de los nacidos en casa pudieran rebajarse al mero deseo natural de exaltar a su propio pueblo. Por esta razón, apelo a su indulgencia si digo cosas que les resultan familiares, sobre las que muchos de ustedes podrían hablar con mucha más autoridad que yo. Sin embargo, no son estos a quienes temo, si puedo citar a un poeta alemán (aunque el idioma alemán no huelga bien en este momento),

Von den Wissenden sich stellen,

Sicher ist's in allen Fallen!⁴

Por tanto, asumiré el esfuerzo con ambas manos y me pondré a trabajar.

He titulado mi conferencia “Lo que el mundo debe a los fariseos”. Estoy en deuda por la forma de ese título con mi amigo, el Dr. Israel Abrahams. Expresa exactamente lo que tenía en mente, pero lo expresa con mucha más claridad y puntualidad que el título en el que había pensado al principio. Lleva consigo una especie de desafío, llama la atención y, aunque no invita a ello, sugiere la contradicción. Porque hay muchos que no son conscientes de que el mundo deba nada en absoluto a los fariseos y que tardarían mucho en admitir la posibilidad de tal deuda. ¿No han sido descritos los fariseos de una vez por todas con palabras que aún arden y pinchan después de diecinueve siglos? ¿Cómo debería gente así haber contribuido al bien del mundo en lo más mínimo? Incluso un hombre tan instruido como Harnack,⁵ de quien se podrían haber esperado cosas mejores, se comprometió con la extraordinaria declaración de que el fariseísmo había cumplido su misión en el mundo cuando produjo al apóstol Pablo (*Historia del Dogma*, E.T. i. p. 94). Por pura perversidad y mala interpretación de los hechos del caso, sería difícil parangonar el *dictum* de Harnack. Sin duda pensó que había eliminado satisfactoriamente la cuestión con ese nítido epigrama.

Intentaré mostrar que la auténtica verdad del asunto es muy diferente y, si he hablado al principio de las dificultades que hay que vencer, no estaba incluida en ellas la presentación de lo que para mí es una verdad muy clara e innegable: que la deuda del mundo con los fariseos es grande e importante. No necesito ni intentaré hacer afirmaciones extravagantes en nombre de los fariseos, como podría sentirme inclinado a hacer si el caso fuera más débil de lo que es y, aunque me han dicho (y reconozco que la observación es cierta) que siempre tengo un lugar blando en mi corazón en cuanto concierne a los fariseos, sin embargo, la simple verdad sobre ellos, tal como la he aprendido, les servirá mejor a ellos y a la causa de la verdad que cualquier adulación.

La pregunta entonces es: “¿qué debe el mundo a los fariseos?”. Y les pido que observen que esto no es la misma pregunta que “¿qué les debe el cristianismo?”. Podría darse el caso de que el cristianismo no les debiera nada, de que no hubiera aprendido nada de ellos, de que no resultara de ninguna manera mejor su antigua presencia en medio de los cristianos, y que, sin embargo, fuera cierto que esa presencia continua hubiera supuesto un gran beneficio para el mundo en general, incluso en esa parte de él en que los cristianos son la mayoría. Si es así, e intentaré demostrar que lo es, entonces indirectamente el cristianismo también se ha beneficiado de la presencia e influencia del fariseísmo.

El orden que seguiré al elaborar mi caso será el de proceder de lo bien conocido a lo menos conocido, de un hecho inicial que no admite discusión a lo que considero que ha sido la causa original y la explicación de ese hecho. Este es el reverso del orden histórico, que sería comenzar con los fariseos y mostrar lo que ha surgido de su enseñanza y de qué manera desempeñaron su papel en la historia. Pero, de seguir esa línea, me expondría al principio a críticas y objeciones antes de poder llegar a la etapa en la que pudiera mostrar cómo el fariseísmo explica en realidad lo que hay que explicar.

⁴ Versos de Goethe: “Preséntate ante el docto, / es seguro en todo caso”. [T.]

⁵ Adolf von Harnack (1851-1930), teólogo luterano alemán, fue portavoz del protestantismo liberal tras la Primera Guerra Mundial. Su idea del cristianismo era que la Iglesia había corrompido el mensaje sencillo de Jesucristo por introducir conceptos de la metafísica griega. [T.]

Por tanto, comenzaré considerando el simple hecho de la presencia del judaísmo como religión viva en la actualidad, después de una existencia continua e ininterrumpida a lo largo de todos los siglos de la era común. En segundo lugar, trataré de mostrar qué fue lo que permitió que el judaísmo persistiera, frente a todas las afirmaciones de que debería haberse extinguido, y las afirmaciones aún más audaces de que se extinguió, cuando el cristianismo saltó a la palestra. Daré con la respuesta a esa pregunta en los principios del fariseísmo, y esto me llevará, en tercer lugar, a considerar qué elemento especial, qué rasgo característico del fariseísmo contenía la “promesa y potencia” de esa maravillosa vitalidad, de modo que lo hizo capaz de asegurar la continuada existencia del judaísmo, con los resultados que vemos. Unas pocas palabras servirán para resumir el resultado final.

I

En primer lugar, consideren el hecho de que el judaísmo es una religión viva, ahora al final de casi diecinueve siglos desde el momento en que se dice que recibió su golpe mortal o, si no su golpe mortal, al menos su aviso para la renuncia, el momento en que se le negaron sus peticiones de derecho alguno a la supervivencia, el momento en que en opinión de sus rivales debería haber muerto, y no lo hizo.

Los escritores cristianos que han hecho tales afirmaciones no han sido coherentes. Si realmente creyeran que el judaísmo se había extinguido, que al menos se había marchitado en una fe estéril, como dice el canónigo Charles, lo habrían dejado en paz. ¿Por qué perder el tiempo y esforzarse en atacar a un enemigo muerto? Si el judaísmo estaba muerto, ¿por qué el cristianismo tenía algo que temer? Si algo hay que decir sobre los judíos, ¿por qué no escribir disquisiciones sobre la largamente olvidada religión judía, tal como los eruditos escriben ahora sobre la religión de los babilonios o egipcios de la lejana antigüedad? Pero el judaísmo no estaba muerto, ni nada parecido, y los escritores cristianos escribieron en parte como lo hicieron, en todo caso, por un agudo sentido del perjuicio que pensaban que los polémicos judíos podían causar a la religión cristiana.

Entonces, si el judaísmo no estaba muerto, los judíos, según los escritores cristianos, estaban enamorados de la ignorancia, afligidos por la “ceguera y dureza de su corazón, y por el desprecio de la palabra y el mandamiento de Dios”, como se interpreta, por supuesto, según las líneas cristianas. Si es así, entonces ¿por qué dedicar tiempo a refutarlos o, lo que fue ciertamente más fácil, a vilipendiarlos? ¿Por qué no abandonarlos a la negligencia y el desprecio silencioso, que era lo que merecían según esta teoría? ¿Por qué prestar atención a las palabras de los hombres que solo eran líderes ciegos de los ciegos, a quienes toda la luz de la verdad les había sido arrebatada, y que solo podían murmurar entre los huesos secos de una tradición muerta, en lugar de participar con gratitud del pan de la vida? Una vez más, la respuesta es que los escritores cristianos sabían bien que no podían deshacerse de la religión judía o de las personas que la profesaban y vivían por ella. Y los escritores cristianos, con más celo que coherencia, reconocieron la vitalidad del judaísmo por los esfuerzos para convertir a los judíos. En efecto, fueron extraños los métodos que adoptaron para este fin: decretos papales, persecuciones, *autos de fé*, disputas públicas, inhabilitaciones civiles y otras cosas en una lista de esfuerzos alentados por un perverso sentido de Estado, que sería grotesca si no fuera vergonzosa. Pero el significado de todo esto, o parte de su significado, era que el cristianismo reconocía con ira, miedo, indignación y cierta perplejidad que el judaísmo no

estaba muerto ni era propenso a morir, y que su presencia continua en medio de la sociedad cristiana era un hecho muy indeseado, pero muy innegable.

Además, incluso aquellos eruditos cristianos que combinaron la habitual escoria de las invectivas contra los judíos con un conocimiento no habitual de lo que contenían los escritos judíos, admitieron con la guardia baja que había algo en esos escritos además de fábulas pueriles y blasfemias detestables. Wagenseil expresa el deseo de que, por el trabajo de eruditos bien formados, las partes nobles de la literatura rabínica puedan ser salvadas para un uso cristiano (Prefacio a ‘Tela Ignea Satanae’, p. 99). Y nadie podía destilar más veneno en sus escritos contra los judíos que Wagenseil, salvo que fuera Eisenmenger.

La afirmación, pues, de que el judaísmo llegó a su fin con el ascenso poderoso y prominente del cristianismo es una afirmación en la que ni siquiera creyeron nunca realmente quienes la hicieron. Pero, por lo que sé, los escritores cristianos que atacaron y denunciaron el judaísmo no afirmaron claramente en parte alguna el verdadero motivo de la hostilidad que sentían. Nunca se cansaron de acusar a los judíos de blasfemia, sobre la base de que los escritos judíos contenían pasajes que insultaban al fundador de la religión cristiana e impugnaban las principales doctrinas de la Iglesia que reclamaban su autoridad. Así, sobre la base de que el pueblo judío en la época de Jesús había sido culpable de su muerte, y como ese acto nunca podría deshacerse, la culpa se mantuvo una época tras otra. Estos fueron motivos suficientes cuando fueron instados por una Iglesia que hasta el día de hoy no ha aprendido lo que significa la tolerancia, con el fin de tener un pretexto para la hostilidad interminable hacia los judíos y marcarlos como enemigos de la raza humana. Había un fundamento cristiano para esto en las palabras del Cuarto Evangelio, donde se representa a Jesús diciendo a los judíos: “Vosotros tenéis por padre al diablo” (Juan 8:44).

A los teológicos se añadieron los motivos sociales, basados en el hecho de que los judíos eran una raza aparte, y olvidadizos respecto al hecho de que en parte fueron los celos cristianos lo que los mantuvo fuera de la corriente general de la vida social, comercial e industrial, y los obligó a ejercer oficios que los cristianos podían denunciar con seguridad, pero de los que no podían prescindir. Todas estas cosas están escritas en gran medida en la historia de los tratos cristianos con los judíos a través de los siglos, incluso hasta el nuestro. Pero son más bien el resultado de un sentimiento profundamente arraigado que la razón de ese sentimiento. Porque el sentimiento en sí y la explicación del mismo debemos buscarlos en la teoría de la Iglesia medieval. Esta teoría era que Dios había designado a Su Iglesia como el único medio de salvación para toda la humanidad –*nulla salus extra ecclesiam*–, que como sociedad era una e indivisible y no permitía divergencia alguna respecto a su enseñanza ni diferencia de opinión en cuanto a sus verdades declaradas ni cuestión sobre su autoridad. Con respecto a los países fuera de su control, la Iglesia solo podía hacer valer su exigencia y esforzarse por lograrla a través del trabajo de sus misioneros para la conversión de paganos e infieles. Pero respecto a los países cristianos, es decir, los países donde tanto los gobernantes como los pueblos reconocieron la autoridad de la Iglesia, la presencia del pueblo judío y la persistencia de la religión judía fueron una ofensa continua, porque desmintieron la jactancia de la unidad de la Iglesia, elevaron una protesta firme contra su exigencia de autoridad soberana en asuntos religiosos y mantuvieron una obstinada negativa a ajustarse a su requisito o más bien a sus demandas imperiosas. La Iglesia tenía sus maneras de lidiar con los herejes y las empleó libremente contra los judíos. Pero aun cuando contaba sus víctimas por miles, no podía lidiar de esa manera con toda una nación, dispersa como estaba por tantas tierras

diferentes. Si pudiera haber acabado con ellos, probablemente lo habría hecho. Pero al fallar en eso, sintió como una lesión a su autoridad la intransigente inconformidad de los judíos como pueblo, y fracasó, siglo tras siglo, al tratar de doblegar esa resistencia y obligar a esos obstinados disidentes a conformarse.

Podría haberse esperado que con el surgimiento del protestantismo, que fue una revuelta y rechazo de la autoridad de la Iglesia Católica, se hubiera alcanzado una mejor comprensión de la posición judía, incluso un poco de simpatía hacia ella, por parte de aquellos que por fin se vieron empujados a hacer lo que los judíos habían hecho desde el principio. Pero no fue así, ya que los protestantes, no menos que los católicos, afirmaron ser los verdaderos expositores del cristianismo, y los judíos resultaban un testigo en contra de ambos. Los protestantes no podían tener, de hecho, las mismas pretensiones a la unidad indivisa que hizo la Iglesia Católica, pero esgrimían una nueva queja propia. Si los judíos se habían negado a admitir la autoridad de la Iglesia, no menos se negaron a aceptar la interpretación protestante de la Biblia. Y ningún ingenio protestante pudo superar el incómodo hecho de que las Escrituras hebreas formaban una parte integral de lo que los cristianos consideran toda la Biblia, y de que, después de todo, los judíos tenían el derecho como propietarios originales a decir lo que significaban sus propias Escrituras. A los cristianos les convenía afirmar que tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo les pertenecían, que eran el verdadero Israel, y así sucesivamente. Pero nunca olvidaron que el Israel que vivía en medio de ellos negaba su exigencia y cuestionaba su interpretación. Cuando la idea de la tolerancia entró a las mentes cristianas, ciertamente lo hizo entre los protestantes, pero tardó mucho en llegar, y los judíos fueron los últimos en beneficiarse de ella. No olvido que Holanda proporcionó en los siglos XVI y XVII un refugio para los judíos, perseguidos en otros países, pero el odio teológico los atacó allí, porque Holanda también era un país cristiano. La edad de oro para el judaísmo en la época cristiana fue cuando los judíos florecieron en España, bajo la protección no de los reyes cristianos, sino de los musulmanes, que en este sentido, como en otros, fueron más sabios que aquellos que afirmaban ser los hijos de la luz.

Así fue, por tanto, como a ojos de los protestantes y de los católicos la presencia del pueblo judío y la continuación de la religión judía fueron una ofensa permanente, porque eran una inconformidad persistente, en tiempos en que la inconformidad se consideraba como una treta de Satanás.

El mero hecho de la inconformidad aún habría sido una ofensa si hubiera afectado a un asunto trivial, pero en el caso del judaísmo se refería a artículos fundamentales de la creencia cristiana. El judío siempre ha sido testigo del monoteísmo no calificado, la unidad de Dios en el sentido más completo e incondicional del término. El monoteísmo del cristiano ortodoxo siempre ha sido un monoteísmo calificado. Sé como unitario, tal como un judío no es probable que olvide, que los cristianos ortodoxos siempre se aferran a la estricta unidad de Dios. Pero cuando proceden a enseñar que el único Dios debe ser adorado en tres personas (lo que sea que eso signifique), no hay forma de evitar el hecho de que tal monoteísmo esté muy calificado. Incluso podría ser más cierto llamarlo monoteísmo *descalificado*. Sea la doctrina misma verdadera o falsa, una simple declaración de la realidad divina, como algunos sostienen, o una forma curiosamente torpe e indirecta de afirmar lo que se quiere decir, como otros piensan, la negativa contundente del judaísmo a llegar a un acuerdo con la doctrina de la Trinidad siempre ha tocado a los cristianos en un punto delicado, y sin duda continuará haciéndolo mientras el cristianismo ortodoxo siga aferrándose a ese producto peculiar de la especulación

griega. Mantener el monoteísmo puro y sin diluir ha sido una parte, y no insignificante, del testimonio dado por el judaísmo a través de los siglos, y ¿quién dirá que ya no haya necesidad de dar ese testimonio?

Posiblemente el cristianismo ortodoxo negaría que haya surgido o pueda surgir nunca bien alguno de esa persistente oposición a reconocer la verdad tal como la considera. Pero el cristianismo ortodoxo podría aprovechar para aprender algo en este sentido de su propia historia y considerar dos hechos: primero, que su fundador y sus primeros apóstoles fueron judíos, y que las Escrituras hebreas fueron al principio los únicos escritos sagrados que tuvieron; y segundo, que mucho de lo que resulta más característico en su teología fue introducido a partir de fuentes paganas, utilizando la palabra pagana no en sentido denigrante. Los maestros cristianos, si bien no tomaron conscientemente nada prestado de las religiones místicas, recibieron de ellas cierta influencia y debieron mucho a la filosofía griega y a otras influencias gentiles. Esto puede haber sido algo bueno o no; al respecto, no digo nada. El hecho no puede negarse y sirve para formular la pregunta: ¿en qué se habría convertido el cristianismo si no hubiera tenido la influencia restrictiva de su origen judío y las Escrituras judías para mantener dentro de los límites su tendencia a adoptar acreciones extranjeras?

Es concebible que el cristianismo debiera haberse librado por completo de su conexión judía, y ¿quién puede decir, en ese caso, hasta dónde podría haber llegado, en su disposición a asimilar lo que otras religiones tenían que ofrecer? De un destino similar la Iglesia cristiana ha sido salvada, tal vez sin su conocimiento, tal vez en contra de su voluntad, ciertamente con escaso o nulo reconocimiento del hecho, por su adopción de las Escrituras hebreas como parte de sus propios libros sagrados, y por el persistente recordatorio del judaísmo de que había otro aspecto de la preguntas que la Iglesia habría clausurado. Las Escrituras hebreas, como he dicho en otra ocasión, han actuado como sal para evitar que la enseñanza cristiana se corrompiera, y el testimonio del judaísmo ha sido un recuerdo constante de que esa sal no ha perdido su sabor.

Si estas cosas son ciertas, entonces la Iglesia bien podría estar agradecida por lo que el judaísmo, con su persistente testimonio, ha hecho por ella. Tal vez esto sea demasiado esperar hasta el momento. Pero mirando el asunto ahora no desde el punto de vista de su influencia sobre el cristianismo, sino en relación con el mundo en general, ¿se puede dudar de que haya sido y sea un beneficio sustancial para la raza humana que exista entre sus miembros, y en especial entre sus miembros cristianos, esta nación inconformista, para representar la libertad de pensamiento, la libertad de conciencia, la independencia del juicio, el derecho de la mente humana a establecer por sí misma su relación con Dios? La uniformidad puede ser el sueño de los católicos, pero no es el patrón y el estándar para la humanidad. Y aquellos que fueron tildados por el escritor romano como los enemigos de la raza humana han procurado para ella a través de los siglos un beneficio inestimable.

Considero que este es el significado sustancial de la persistencia del judaísmo y, si no hubiera nada más, esto sería suficiente para establecer la primera parte de mi caso.

Pero hay más, por medio del particular servicio prestado por el judaísmo a los intereses más amplios de la humanidad en general, y del cristianismo en particular, y no podría haberse prestado tal servicio si el judaísmo no hubiera conservado su vigor y vitalidad como una religión por la que los hombres viven y mueren.

¿Quiénes fueron, si no los judíos, trabajando junto con los filósofos árabes, quienes mantuvieron la lámpara del conocimiento encendida en lo más oscuro de la edad oscura?

¿De dónde sacaron los escolásticos su Aristóteles sino de las traducciones del árabe hechas por los judíos? Hasta el resurgimiento del saber, el pensamiento de Grecia solo fue accesible al mundo occidental a través de canales que fueron principalmente judíos. Y aunque esta transmisión de conocimientos fue un regalo inestimable para los doctos en los países cristianos, es al mismo tiempo una prueba de la vitalidad del judaísmo. Porque ninguna fe muerta podría criar pensadores y eruditos como los que figuran entre el orgullo y la gloria del judaísmo medieval. Sería fácil recitar una lista de grandes nombres en este sentido, filósofos, científicos, poetas, como prueba de que el judaísmo que los produjo tenía suficiente vitalidad para inspirarlos con nobles ideales y pensamientos elevados. Sin embargo, si bien es cierto que el trabajo de estos hombres fue una contribución sustancial a los recursos intelectuales, morales y religiosos de la raza humana, no me siento seguro para estimar su efecto sobre el pensamiento específicamente cristiano.

En un sentido, sin embargo, la deuda del cristianismo con el judaísmo, o más bien con la enseñanza judía definida, está fuera de toda duda. Cuando el protestantismo comenzó su batalla con la Iglesia Católica, una consecuencia necesaria fue el estudio renovado de las Escrituras, y para el desarrollo exhaustivo de ese estudio fue indispensable el conocimiento del hebreo. Ahí surgieron grandes hebraístas cristianos, comenzando con Reuchlin, e incluyendo nombres tales como los dos Buxtorf, Surenhusius y muchos otros.⁶ Su fama es grande, y bien merecida, pero ¡qué poco oímos en comparación sobre los hombres por los que adquirieron tal aprendizaje recóndito! ¿Quién les proporcionó el texto hebreo de las Escrituras? Bomberg, sin duda, y Froben y otros.⁷ Pero, ¿quién preparó el texto para que Bomberg lo imprimiera y quién corrigió sus pruebas? ¿Qué pasa con los gramáticos y lexicógrafos judíos cuyas obras fueron la base invisible y a menudo olvidada sobre la que Buxtorf y Schoettgen y el resto levantaron sus imponentes pilas de saber? No podrían haber hecho nada si no hubiera sido por la inteligencia y diligencia judía, y los teólogos protestantes en su controversia con la Iglesia Católica, lo habrían hecho mucho peor de lo que lo hicieron si no se hubieran beneficiado de los trabajos de los judíos, de los hombres a quienes, por lo demás, no les avergonzaba vilipendiar ni siquiera mientras recibían su ayuda. Hay algo repugnante en la manera en que el anciano Buxtorf escribe sobre los judíos, aunque había sido admitido en sus hogares y su confianza con el propósito de estudiar su forma de vida hasta el mínimo detalle. Tal traición no tiene defensa, pero me inclino a pensar que es posible que el estilo habitual de abuso grosero que profana las polémicas cristianas de esa época fue en parte, en todo caso, una concesión a la práctica común, y se asumió solo porque ningún escritor habría conquistado un público para sus ideas a menos que se cuidara de descender al bajo nivel exigido por la práctica contemporánea en asuntos de controversia. Sea como fuere, una cosa es cierta, a saber, que el tono de los grandes escritores judíos en referencia al cristianismo era tan diferente del de sus oponentes como la luz de la oscuridad. La crítica y la disidencia se encontraban, por supuesto, en los escritos judíos, pero no en la

⁶ Johannes Reuchlin (1455-1522) fue un filósofo y humanista interesado en la cábala. Johannes Buxtorf (1564-1629), “Maestro de los rabinos”, fue profesor de hebreo en Basilea durante cuarenta años y autor de *De Synagoga Judaica*. Willem Surenhusius fue un hebraísta holandés, conocido por su traducción latina de la Mishná (compilación de la Ley oral elaborada en Palestina hasta el 217). [T.]

⁷ La imprenta en Venecia de Daniel Bomberg (1483-1549) publicó importantes obras de la literatura rabínica. Ambrosius Froben fue el impresor de Basilea que publicó casi por completo el Talmud entre 1578 y 1580. [T.]

execración que llenaba tantas páginas cristianas. No olvido el *Toledot Yeshu*,⁸ pero ese no fue el trabajo de un gran escritor judío. E incluso respecto al *Toledot Yeshu*, si lo leen en una de las dos ediciones más antiguas, de Wagenseil y Huldreich, creo que estarán de acuerdo en que las notas y comentarios cristianos son más repugnantes y muestran una mayor depravación moral que el texto hebreo.

Esta ha sido una ligera digresión, aunque de hecho coadyuva al tema principal. En general, y a modo de resumen de la primera parte del caso que presento, diría que en cualquier lugar a lo largo de los siglos el judío ha dejado su marca como pensador, estadista, soldado, filósofo, poeta, científico, hombre de mundo o lo que sea, y el hecho de que lo haya hecho debe atribuirse a la vitalidad continua del judaísmo que lo produjo. Esto sigue siendo cierto, cualquiera que sea la actitud que él mismo haya adoptado hacia su fe ancestral, tanto si, como Maimónides, vivió entre su propio pueblo y los condujo con “mano fuerte”, como en la *Guía de perplejos*, aclamado por ellos como el segundo solo respecto a su gran tocayo de antaño o si, como Spinoza, siguió adelante o fue expulsado fuera del hogar espiritual de sus padres. Sin un judaísmo vivo no habría habido Spinoza, y dejó a los filósofos estimar la magnitud de esa pérdida. Y detrás de todas las figuras brillantes que han aparecido en el escenario de la historia, de hombres y mujeres de origen judío, está el judaísmo que fue capaz de sacarlos adelante: una corriente fuerte y profunda de fe y poder religioso, de esperanza insaciable y perseverancia invencible, que persigue su camino a través de los siglos como el Nilo en medio de sus arenas, no alimentado por ningún afluente, pero confiado en su fuente infalible, sin inmutarse por las cataratas de la persecución, sin desperdicio entre los estériles desiertos de la negligencia y el desprecio.

Espero haber considerado suficientemente el hecho de la existencia continua del judaísmo para demostrar que ha resultado un beneficio libre y efectivo de su presencia e influencia, que la raza humana en general y el cristianismo en particular habrían sido mucho más pobres si no hubiera habido esa presencia e influencia. Si el tiempo lo hubiera permitido, o más bien si el tema de esta conferencia hubiera sido los resultados generales de la presencia e influencia de la nación judía en el mundo, habría insistido más tiempo en un tema del que hay tanto que decir. Pero no olvido, aunque puedan estar pensando que lo he olvidado, la pregunta a la que me dirijo, que es: ¿qué debe el mundo a los fariseos?

II

Paso, por tanto, de la primera etapa de mi argumento a la segunda, lo que plantea la pregunta: ¿qué fue lo que hizo posible esa existencia continua y permitió al judaísmo realizar ese ingrato trabajo de beneficencia que he tratado de describir brevemente? Me enfrento de entrada con problemas de etnología con los que no puedo lidiar de manera competente. Dejaré temas como la “persistencia racial”, la “resistencia del tipo”, y similares, por un lado, aunque reconozca su importancia. Pero no se negará que un elemento en el caso, y en extremo importante, es la religión judía. Me gustaría llegar a decir que es el más importante. Sin él, no veo cómo podría haber habido ahora un organismo reconocible que pudiera llamarse en verdad la nación judía, que pudiera no solo reclamar su descendencia, sino probar su título de continuidad con su lejana

⁸ *Sefer Toledot Yeshu (El Libro de la Historia de Jesús)*, obra no incluida en el canon de la literatura rabínica, es una parodia del texto evangélico difundida durante la Edad Media como reacción a las persecuciones en la época de las Cruzadas. [T.]

ascendencia en la Tierra Santa. Puede deberse a mi ignorancia, pero estoy seguro de que, cualquiera que sea el caso con respecto a otras naciones, con respecto a la única nación judía el factor de la religión es muy importante, y el estudio de ese factor es el que ahora me concierne.

En general, se admite que el judaísmo que sobrevivió a la desintegración del Estado judío en el 135 d. de C. fue de cierto tipo, sobre todo, y que, dondequiera que se encuentre en siglos siguientes, el judaísmo se ha desarrollado dentro de sus líneas características. Hablo del desarrollo en los siglos siguientes porque no soy tan ignorante como para suponer que el judaísmo de las épocas posteriores fuera en todos los puntos el mismo que el de los tannaim.⁹ El tallo viviente del judaísmo produjo nuevas ramas y flores, como las épocas anteriores no habían visto. Maimónides dejó su marca profunda e inefable en el judaísmo, lo que no es sino decir en otras palabras que en adelante el judaísmo sería en aspectos importantes diferente de lo que había sido antes. Seguramente era diferente después de que le hubiera cantado Yehudah Halevi, Ibn Gabirol, Ibn Ezra y otros de esa gloriosa compañía;¹⁰ diferente, como los muros grises de un viejo castillo son diferentes antes y después de que el sol naciente los haya iluminado. El judaísmo no quedó impasible ni sin influencia por el ascenso de la Cábala, o por los diversos movimientos pseudo-mesiánicos, o por la aparición de los caraítas en una época y de los asideos en otra.¹¹ El judaísmo desde Moses Mendelssohn ha cambiado considerablemente respecto a lo que fue antes de su tiempo. Y así ha ocurrido con otras influencias que ha recibido, como podría mostrarse en detalle. Todo esto es cierto, pero también lo es que el tallo principal del judaísmo ha conservado sus características originales, tal como fueron moldeadas y fijadas en los siglos inmediatamente posteriores a la gran dispersión del año 135.¹²

La forma que se le da y los principios encarnados en esa forma están contenidos en el Talmud y se ilustran de varias maneras en la literatura conocida. “Talmudismo” es un nombre conveniente para designar el judaísmo que sobrevivió y perduró a través de los tiempos, incluso hasta el día de hoy. Es un nombre exacto si, como creo que es el caso, los principios y la autoridad del Talmud, o más bien del sistema talmúdico, nunca han sido definitivamente repudiados, por mucho que pudieran ser interpretados de manera diferente, en todo caso hasta tiempos recientes, e incluso ahora no de manera universal. El talmudismo, además, es una buena palabra para su propósito, pero quienes la usen deben asegurarse antes de que saben lo que significa y lo que implica. Contrastar el talmudismo con el judaísmo que existía antes de él como si fuera una cosa pobre y seca que ocupa el lugar de la posesión rica, plena, floreciente de una época más noble, como algunos suelen hacer en la actualidad, es mostrar solo una pequeña comprensión del

⁹ “Tanná” (en plural “tannaim”) es el maestro activo en el segundo periodo de elaboración de la Mishná (70-217). [T.]

¹⁰ Yehudah Ben Samuel Halevi (1075-1141) filósofo y médico sefardí, fue autor de *El Kuzarí*, una cumbre de la poesía hispanohebraica. Salomón ibn Gabirol (1020-1070), conocido como Avicébrón fue el mayor neoplatónico de la tradición filosófica medieval árabe. Abraham ben Meir ibn Ezra (1092-1167) fue un erudito y poeta andalusí que redactó *Comentarios sobre los Libros Santos*. [T.]

¹¹ Aunque pueden tener sus ancestros en la época del Segundo Templo, los caraítas formaron un grupo entre los siglos VII y IX que reconocía la Torá, al margen de la tradición oral, como única autoridad religiosa. Los asideos, en el siglo II a. C., fueron los celadores de las costumbres tradicionales durante la helenización de Judea. En el judaísmo moderno, el hasidismo surge como una corriente pietista inspirada por Israel ben Eliezer a comienzos del siglo XVIII. [T.]

¹² En 135 se produjo la tercera de las guerras judeorromanas. Judea pasaría a llamarse Palestina tras la derrota judía y la muerte de Simón bar Kojba en Betar en 135. [T.]

Talmud y los ideales de los hombres que lo forjaron, por mucho saber que pueda mostrarse en referencia al Apocalipsis y cosas similares que Israel, al no usarlo, dejó de lado.

Voy a aplazar por el momento el intento de mostrar lo que realmente significó el talmudismo, cuál era el ideal que estaba consagrado en él, con el fin de aclarar este punto, que fue el talmudismo el que proporcionó la forma en que el judaísmo de hecho ha sobrevivido a todos los peligros de los crueles siglos, tal vez la única forma en la que podía sobrevivir. Por tanto, el talmudismo fue, si esto es cierto, el medio directo por el cual se aseguraron para el mundo los diversos beneficios que ya les he recordado. El judaísmo que ha sobrevivido puede no ser ahora, puede no haber sido en momento alguno, de manera total y exclusiva, talmudismo, pero sin el talmudismo, por lo que se puede ver, no habría sido nada en absoluto.

Uno de los principales efectos del talmudismo fue producir una especie de cubierta protectora para el espíritu vivo interior, como la corteza áspera del árbol que protege la savia o la cáscara dura de una criatura por lo demás indefensa. La disciplina del mandato y la prohibición, las leyes dietéticas, las observancias y abstenciones prescritas que son características del judaísmo talmúdico, mientras tendían a enfatizar la separación entre judío y gentil, sirvieron al mismo tiempo como un muro de defensa dentro del cual el judío podía vivir su propia vida, y en especial su vida religiosa. Cuando Israel fue arrancado de su propia tierra y su hogar ancestral, y lanzado a vagar por el mundo, para afrontar sus tormentas de persecución y los amargos vientos del desprecio, tuvo la necesidad de protegerse para mantener caliente la sangre vital en sus venas. La enseñanza del Talmud, y practicar a diario y cada hora lo que ordenaba, le sirvió como un manto, exteriormente áspero e inoportuno, que lo marcaría como a un extraño entre los que estaban vestidos según la moda del mundo, pero en su interior cálido y cómodo, algo por lo que estar agradecido. El espectador cristiano se burló de la figura grosera del judío, tosco a sus ojos tanto literal como figurativamente, se burló, si es que no hizo algo peor, y rara vez entendió o trató de entender lo que podría estar envuelto dentro de ese atuendo exterior, para él tan repugnante e indecoroso. Y al igual que el viajero en la fábula, el judío solo se envolvió más en el refugio de sus pliegues. De hecho, debería pensar que es probable, aunque no lo sé, que los judíos a lo largo de los siglos hayan mostrado intencionadamente su lado menos atractivo a sus vecinos gentiles, a fin de mantener a salvo del toque grosero y la curiosidad profana el tesoro de sus corazones. Si fuera así, sería correcto y natural para los judíos, pero aún más vergonzoso para aquellos cuyo trato los obligó a hacerlo.

Sea como fuere, sin la cobertura defensiva que ha proporcionado el talmudismo es difícil ver cómo el judaísmo pudo haber sobrevivido, cómo podría haber evitado ver sus tesoros del espíritu despojados y pisoteados bajo los pies de un mundo descuidado o despiadado, arrojados como perlas ante los cerdos. Pero al mantener a salvo esos tesoros, tal como hizo, el judío no tuvo en cuenta si sus vecinos gentiles lo consideraban hosco e insociable o de otras maneras repelente. Si lo pensaron así, que así lo hicieran. Israel mantendría su camino a pesar de ellos.

Ese es un aspecto del talmudismo, su apariencia exterior y el propósito protector al que sirvió de esa manera. En su significado interior era muy diferente, y de su significado interior ningún gentil tuvo entonces, y no muchos tienen ahora, la menor comprensión.

Resulta un intento precipitado tratar de destilar la esencia del talmudismo para exhibirlo en una sola frase, pero creo que no estoy lejos de la verdad cuando digo que el significado interior del talmudismo es la confianza inquebrantable en Dios y la obediencia

sin reservas a Su voluntad declarada. Esto no agota ni mucho menos explica todo en el talmudismo, pero se encuentra en su mismo corazón, y creo que no hay nada más profundo y más vital en él que esto. De los dos factores de la definición, el segundo es más distintivo que el primero, aunque no más importante, ya que ambos son esenciales. Quiero decir que la confianza inquebrantable en Dios es un elemento en otras religiones, hasta cierto punto en todas las religiones, porque sin ella perecerían. Sin embargo, no sé dónde buscar una confianza tan decidida e inquebrantable en Dios, mantenida por todo un pueblo de generación en generación, como aquella que ha conservado viva la esperanza de Israel en sus días más oscuros. No es el salmista solo el que ha tenido razones para exclamar (Salmos, 77:8-9): “¿Acaso el Señor (nos) rechazará por los siglos y no volverá a sernos de nuevo favorable? ¿Cesó para siempre su piedad? ¿Se acabó lo que prometió para generaciones y generaciones?”. Tal grito debe haber escapado a menudo de los labios judíos, en todas las edades hasta la nuestra, pero los corazones judíos nunca han dejado de responder a una palabra más grande que la del salmista: “Aunque Él me matara, no me dolería” (Job 13:15). Si Israel, como he dicho, es el obstinado inconformista entre las naciones, también es el optimista invencible.

Pero, para volver a la definición que di de la esencia del talmudismo, encuentro en el segundo elemento lo que es más distintivo de este tipo de religión, la “obediencia sin reservas a la voluntad declarada de Dios”. El énfasis aquí está en la voluntad *declarada* de Dios. Esa voluntad fue declarada en los diversos mandamientos y prohibiciones, contenidas implícita o explícitamente en la entrega divina de la Torá, ya sea declarada allí en aquellas palabras o deducida de ella por métodos aprobados y considerados legítimos por los que tenían autoridad para decidir. No hay duda de que esta es una teoría perfectamente definida y coherente, y no queda expulsada de tribunal alguno por la opinión adversa de aquellos que han crecido bajo alguna teoría diferente. La posición en las líneas de la teoría talmúdica es bastante clara y simple: Dios nos ha hecho saber lo que Él quiere que hagamos; por tanto, lo haremos, de manera tan exacta y completa como podamos. Y cuanto más podamos ampliar el alcance de Su voluntad declarada para incluir deberes hasta ahora indefinidos, tanto más perfecto será el servicio que le prestaremos. Ese es un noble ideal, digan lo que digan los gentiles. No es el único ideal, pero quienes siguen lo que conciben como un ideal superior bien pueden preguntarse si han sido tan fieles a su ideal como Israel con su Talmud lo ha sido al suyo. La esencia de *su* servicio era la obediencia, sin lugar a dudas. Era suficiente que, como creía, Dios ordenara que *lo* hiciera; no le preocupaba saber *por qué* Dios se lo había ordenado. A veces podía discernir una razón, más a menudo no, pero, en todo caso, existía la orden divina y la cumpliría, o creería haber pecado si no lo hacía.

Y esto, aunque era una responsabilidad solemne, también era una alegría, y no solo eso, era una fuerza inmensa para el judío en tiempos de aflicción y prueba. Porque cuando la persecución cayó sobre él y el futuro parecía negro, pudo decir: “No sé por qué ha complacido al Eterno tratar así a su pueblo; no sé cuándo ni si vendrán tiempos más luminosos, pero aquí y ahora, en esta hora más oscura, Su voluntad es que haga esto y aquello que Él ha ordenado”. Muchos corazones doloridos y heridos han encontrado alivio en el cumplimiento del deber instantáneo, como un recordatorio inmediato de Dios, “una ayuda muy asequible en las tribulaciones” (Salmos 46:2).

Tal fue entonces, si la he entendido bien, la esencia más íntima del judaísmo talmúdico, el núcleo central que reunía todo cuanto le pertenecía. Todo lo que encontró expresión en la haggadá se puede decir en cierto sentido que se apoyó en el fuerte tallo de

la halaká, y sin ese apoyo habría caído como un montón confuso y enredado, para marchitarse y morir. Pero los dos juntos, halaká y haggadá, crecieron y florecieron, y todo Israel se regocijó en su belleza.¹³

Ahora bien, el talmudismo, fuera el sistemático desarrollo de una idea noble, como lo he descrito, o los huesos secos de una fe muerta, como a menudo se piensa que es, incluso por parte de hombres que deberían conocerlo mejor, el talmudismo fue indiscutiblemente la creación de un solo partido de aquellos que juntos formaron la nación judía al comienzo de la era común. Y este partido fue el de los fariseos. Amigos y enemigos por igual admiten que los fariseos fueron los fundadores del judaísmo talmúdico y todos reconocen por completo que la fundación fue digna de los fundadores. Dejo a cualquiera que pueda rebajarse a ella la tarea de perseguir la línea inferior de la comparación, la deducción de las faltas del Talmud de los vicios y defectos de los fariseos. Elijo la otra línea y, habiendo mostrado lo que creo que es, no, lo que sé que es, la verdadera grandeza del judaísmo talmúdico como el desarrollo de una idea noble, procedo a buscar sus fuentes en los principios de los fariseos, y al hacerlo así paso a la tercera etapa de mi argumento.

III

Como he dicho, todos admiten que los verdaderos fundadores del judaísmo talmúdico fueron los fariseos y no otros. Los saduceos no sobrevivieron como grupo a la caída de Jerusalén y la destrucción del Templo. Los esenios vivieron separados y, por importantes que fuesen a sus propios ojos e interesantes como un tipo de judaísmo contemporáneo, no parecen haber tenido mucha influencia como clase sobre la historia posterior del pueblo judío, aunque bien puede ser que uno u otro de los *Tannaim* les debieran algo a los esenios. En cuanto a los tipos probablemente muy numerosos que componían el resto del pueblo judío, mientras que algunos se perderían en el judaísmo, recayendo en la indiferencia o arrojando su suerte al cristianismo, sin embargo, parece que la gran mayoría siguió el ejemplo de los fariseos, siendo ellos, en efecto, los únicos maestros que tenían algo que decir, algún consejo que dar en esa hora desesperada.

No sé si el pueblo en masa se convirtió o no en un sentido técnico estricto en fariseos. Pero incluso en la época de Josefo¹⁴ era sabido que las simpatías del pueblo estaban con los fariseos, y no hace falta demostrar ni es probable que pensaran de otra manera en aquel momento crucial.

Por tanto, tenemos que estudiar el principio, la esencia del fariseísmo, para ver qué fue lo que le permitió crear ese judaísmo talmúdico para el beneficio final, como he demostrado, del mundo en general. Llego aquí a un terreno al que últimamente he viajado con frecuencia, y pido su indulgencia si cuento una historia ya contada tres veces. Mi excusa debe ser que, si no lo hiciera, no podría completar el caso que me propuse presentar, la prueba de la deuda mundial con los fariseos. Al menos no me entretendré en refutar la opinión corriente sobre ellos. Pongo todo eso a un lado como irrelevante para el propósito actual e indigno de cualquier atención sería por parte de aquellos que saben. Es de mayor importancia considerar lo que representaban los fariseos y lo que de hecho lograron, y aquellos que dan peso a los cargos corrientes contra ellos pueden reflexionar

¹³ La halaká es el conjunto de reglas jurídicorreligiosas del Talmud; la haggadá es el conjunto de narraciones del Talmud. [T.]

¹⁴ Tito Flavio Josefo (37-100) fue un historiador judeorromano, protegido por Vespasiano, autor de *La guerra de los judíos* y *Antigüedades judías*. [T.]

sobre si los hombres que conscientemente persiguieron tales ideales y los llevaron a cabo en la medida de lo posible podrían haber sido tan oscuros como aún se los pinta.

Los fariseos, entonces, eran ese elemento o partido en la nación judía que sobrevivió a la caída del Templo y a la disrupción del Estado. Solo ellos mantuvieron el judaísmo en su ser y lo transmitieron como una religión viva a las edades futuras. Esto no está sujeto a serias dudas, ya que no había otros que lo hicieran. Pero es bueno ser claro en cuanto a lo que implica distinguir entre fariseos y saduceos y otros tipos entre sí. Todos ellos habían heredado del pasado un terreno común de creencia religiosa, no expresada en doctrinas idénticas, sino como una gran tradición de lealtad al único Dios supremo, enriquecida por los recuerdos del pasado: toda la enseñanza sublime de las antiguas Escrituras, no solo mantenida como una tradición, sino confirmada por la experiencia actual de los hombres temerosos de Dios. No había un judaísmo para los saduceos y otro judaísmo muy diferente para los fariseos; había el mismo para ambos, solo que considerado desde diferentes puntos de vista, y los fariseos encontraron en él lo que los saduceos no encontraron. Mostraré ahora lo que encontraron, pero el punto inmediato es este: que cuando se dice que el judaísmo sobrevivió bajo la forma del fariseísmo, fue todo lo que contenía el judaísmo lo que así sobrevivió, no un judaísmo deformado y mutilado, desprovisto (como algunos piensan) de sus mejores elementos. *Todo estaba allí*, como lo había estado antes, solo que se mantuvo en la forma que le dieron los principios farisaicos. La corriente del judaísmo se convirtió en un canal farisaico, pero era la corriente completa la que fluía allí. Si los saduceos hubieran sobrevivido, lo mismo podría haberse dicho de ellos, a saber, que lo que tenían era también el judaísmo, y que para ellos estaba contenido en una forma moldeada por los principios saduceos. Como los saduceos no sobrevivieron, ya no nos preocupamos por ellos. Pero los fariseos no se separaron del judaísmo de los profetas y salmistas, para establecer un nuevo judaísmo de los rabinos. Fue precisamente el judaísmo del profeta y el salmista lo que atesoraron, y si incluyeron al escriba en la lista, eso solo iba a añadir un factor más a la suma de quienes habían hecho del judaísmo el tesoro espiritual que mantenía su devota lealtad.

Los fariseos, por tanto, sobrevivieron y asumieron la continuidad del judaísmo, pero ¿por qué sobrevivieron ellos y no los saduceos? Los fariseos sobrevivieron, en primera instancia, porque habían desarrollado un tipo de judaísmo que no dependía del Templo y su ritual, sino que tenía sus raíces en la sinagoga y la escuela. Los saduceos no sobrevivieron porque su organización dependía del Templo, y cuando este fue destruido su función llegó a su fin. Pero esa respuesta con respecto a los fariseos no nos lleva lejos. ¿Cómo fue que los fariseos pudieron desarrollar así su judaísmo en líneas que fueron independientes de la organización del Templo, para que fuera posible mantenerlo a salvo y llevarlo a cualquier lugar cuando llegara el momento? Los fariseos fueron capaces de hacer esto porque fueron los únicos exponentes del judaísmo que descubrieron en él el principio de la revelación continua, la comunión abierta con su fuente divina que por sí sola podía evitar que sus manantiales se secaran.

Cuando Ezra tomó la iniciativa, que fue seguida por los escribas, y aceptada por aquellos que más tarde se convirtieron en los saduceos y los fariseos respectivamente, hizo lo único necesario en su época para salvar la religión judía y a la nación judía de la extinción. La dirección que le dio podía desarrollarse de dos maneras, y de hecho se desarrolló de dos maneras. El factor común a ambas fue la Torá, la enseñanza entregada a Moisés en el Sinaí y contenida en los cinco libros llamados con su nombre. Por un lado, la Torá tendía a convertirse en letra muerta, un monumento de la antigüedad, el símbolo

de una religión que vivió en su pasado y no tenía medios presentes de comunión con el Dios vivo. Esa era la tendencia del judaísmo de tipo saduceo, y si no hubiera quedado detenida, habría estrangulado la religión judía por completo. Por otro lado, y según parece, a modo de protesta y defensa contra este proceso de estrangulamiento, la Torá fue exaltada como una revelación divina completa, completa e inagotable, no una mera reliquia de la antigüedad, sino un pozo de vida del que todo Israel en todas las edades futuras podría extraer agua. No solo la palabra escrita, sino la tradición oral se consideró divinamente revelada, y el mismo Dios que enseñó a Moisés estuvo allí en todos los tiempos sucesivos para iluminar las mentes de quienes deberían estudiar la Torá y permitirles contemplar más y más su significado sagrado.

Esta concepción de la Torá como una revelación divina plena e inagotable resultó ser de una maravillosa fertilidad, y esta es la clave de todo el sistema farisaico, una afirmación que parecerá extraña solo a aquellos cuyo conocimiento del fariseísmo, tal como es, se obtiene por una inspección externa y a considerable distancia. Sin embargo, en sí misma, la afirmación no solo es cierta, sino bastante natural. Porque una religión, cualquiera que sea, solo se eleva a la altura de lo que el alma humana es capaz de hacer cuando llega a la concepción de una revelación perfecta (no necesariamente definitiva), una comunión abierta con Dios, de tal manera que la adoración, la fe y la aspiración no estén limitadas por las formas heredadas del pasado, sino que se mantienen frescas por la inspiración del presente. En una religión tan elevada debe haber alguna fuente reconocida de revelación divina. Una religión diferirá de otra en la forma en que se concibe y expresa esta idea, pero la idea debe estar ahí. El cristianismo ortodoxo expresó esa idea en su concepción de Cristo. El fariseísmo la expresó en su concepción de la Torá. En la forma, y en los consecuentes desarrollos de la idea condicionada por la forma, la idea cristiana y la farisaica son tan diferentes y contrastan tanto como resulta imaginable. Pero si el cristianismo se encuentra a una altura alcanzada solo por una religión verdaderamente espiritual, también lo está el fariseísmo, y precisamente por la misma razón. Si me permiten decirlo así, las ideas fundamentales de la vida espiritual del alma humana se expresan en el lenguaje farisaico por un lado y en el idioma cristiano por el otro, y aunque sea difícil, si es que es posible, traducir de una lengua a la otra, el tema, por así decirlo, es muy parecido para ambos.

He comprimido en unas pocas frases lo que solo podría expresar, para presentar y explicar en realidad con la plenitud que se merece, en una conferencia completa. Si todo esto les parece una paradoja extravagante, es, sin embargo, la declaración deliberada de lo que hasta ahora he aprendido como la verdad respecto al fariseísmo. La concepción farisaica de la Torá como la revelación completa y perfecta dada por Dios a Israel es lo que explica, y lo que por sí solo explica, el desarrollo posterior del talmudismo y la continua vitalidad del judaísmo como religión hasta el día de hoy.

Esta es una interpretación del significado del fariseísmo, la cual, hasta donde sé, no se menciona de manera explícita y por extenso en lugar alguno de la literatura talmúdica. Pero no por ello es menos cierta. Porque no era el camino de los profesores talmúdicos componer tratados de teología o enmarcar un sistema de filosofía de la religión. Se referían a los detalles, y los principios que los guiaban en el manejo de esos detalles debían extraerse del estudio de su aplicación a casos particulares. Como resultado de tal estudio que he podido hacer, sostengo que la clave de todo el sistema talmúdico se encuentra en esa concepción de la Torá como una revelación completa e inagotable, que fue, si se me permite decirlo, el descubrimiento único de los fariseos. Fue solo esto lo que les permitió

discernir y preservar lo más vital en el judaísmo de su época y llevarlo con ellos al exilio, intacto, y, si cambiaba, purgado solo de sus elementos menos valiosos. Independientemente de lo que el judaísmo haya sido capaz de hacer en épocas posteriores hasta la actualidad (lo que he indicado en la primera parte de esta conferencia), no habría habido judaísmo para hacerlo a menos que hubiera sobrevivido gracias a los fariseos en la gran crisis del destino de la nación. Y ese, si fuera el único, habría sido un servicio inestimable, para ser recordado con gratitud por las generaciones posteriores que podrían haber divergido ampliamente de las ideas farisaicas. Pero no fue solo el acto de una crisis suprema. El fariseísmo ganó de hecho ese triunfo sublime sobre la terrible calamidad, pero el propio fariseísmo vivió en la religión que salvó. En la Torá, la revelación inagotable, y en el Talmud, la expresión parcial de lo que se había revelado, en el Midrash,¹⁵ el fruto de la meditación devota sobre la enseñanza sagrada, en el recuerdo diario del Padre Eterno en sus plegarias, y el cumplimiento diario de Su voluntad tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, toda la vida y el pensamiento del pueblo judío se dispusieron en las líneas trazadas por los fariseos. Y si el nombre dejó de ser de uso general, ello se debió, sobre todo, a que no se necesitaba un nombre distintivo para describir un principio que era común para todos.

Los desarrollos posteriores del judaísmo no fueron hostiles a este principio. La poesía de Yehudah Halevi y de sus hermanos, dedicada a cantos gloriosos, no fue en sí misma un resultado del principio farisaico. Fue un regalo de Dios, como lo es para todo verdadero poeta. Pero Yehudah Halevi estuvo entera y apasionadamente dedicado al judaísmo de la Torá y el Talmud. De no ser así, no habría escrito *El Kuzarí*. Lo mismo puede decirse de Maimónides, de Bahya¹⁶ y de muchos otros. Encontraron lo que necesitaban dentro de las líneas del judaísmo talmúdico, es decir, farisaico, y su mensaje especial no fue generar controversia en torno a él, sino interpretarlo e iluminarlo.

Por tanto, este es el resultado final de la cuestión: que por los muchos y variados y sustanciales beneficios que han sido forjados para él por la presencia e influencia del judaísmo que ha existido durante todos los siglos de la ascendencia cristiana, el mundo está en deuda, directa e indirectamente, con los fariseos. Bien sea que esos beneficios hayan sido reconocidos o ignorados, que la presencia del judío haya sido un recordatorio constante e inoportuno para los cristianos de que hay otro aspecto de las preguntas que desearían considerar clausuradas para siempre, o que la ayuda del judío haya sido buscada y usada y luego desechada sin una palabra de gratitud, el hecho es que los beneficios se han conferido, el bien se ha hecho, como claramente puede ver el observador sincero de los asuntos humanos, aunque no haya sido discernido allí donde el prejuicio y el sesgo teológico han cegado la vista y nublado el juicio.

No sé lo que nos deparará el futuro en estos días de ansiedad, pero también de maravillosa esperanza y gloriosa promesa. Puede ser que el judaísmo marque nuevas líneas y encuentre nuevas formas en las que consagrar sus ideales. ¿No dijo Döllinger¹⁷ que el judaísmo, arrancado de su antiguo hogar, estaba reservado para ser un instrumento

¹⁵ El Midrash es la investigación que ha sentado la base exegética y la explicación dialéctica de la Halaká. [T.]

¹⁶ Bahya ben Asher (1255-1340) fue un rabino y cabalista judío, autor de un comentario de la Torá que comprende los métodos empleados por exégetas anteriores. [T.]

¹⁷ Johann Joseph Ignaz von Döllinger (1799-1890) fue un teólogo e historiador de la Iglesia, cuya independencia de criterio le valió las críticas por igual de ultramontanos y liberales dentro del catolicismo. [T.]

en manos de la Providencia en un futuro lejano? Pero si hay un judaísmo ahora, capaz de elevarse a la altura de su gran oportunidad, capaz, habiendo hecho grandes cosas por el mundo, de hacer aún más, entonces ese será el fruto de su antiguo martirio, su firme obediencia, su esperanza eterna. Y lo que ha sido y lo que ha hecho por el servicio de la humanidad y el Reino de Dios, *eso*, en toda su plenitud, es “lo que el mundo debe a los fariseos”.

NOTA DEL AUTOR SOBRE LA EXALTACIÓN FARISAICA DE LA TORÁ

La idea de la conferencia se basa en la teoría de J. Z. Lauterbach de la diferencia entre los saduceos y los fariseos presentada en un ensayo como aportación al volumen conmemorativo en honor de Kaufmann Kohler, publicado en 1913.¹⁸ Su teoría es que la diferencia entre los saduceos y los fariseos no se centraba en los puntos habitualmente alegados, como la inmortalidad, el libre albedrío, etc., sino principalmente en sus respectivas actitudes hacia las leyes tradicionales. Esta diferencia está indicada en la declaración de Josefo (*Antigüedades*, xiii. 10.6, y en otros lugares) de que los fariseos mantenían y los saduceos negaban la autoridad de muchas leyes tradicionales no contenidas en la Torá de Moisés. Los saduceos se adhirieron a una simple interpretación literal de la Torá, sobre la base de que la Torá estaba destinada a la instrucción del pueblo, sus órdenes estaban destinadas a ser obedecidas y el pueblo en la época de Ezra se había comprometido por un juramento solemne a obedecer esas órdenes (Nehemías 9, 10). No se habían obligado a obedecer otras. Si surgían casos no previstos por la Torá, el deber de los sacerdotes (como se establece en la propia Torá, Deuteronomio 17:8 sq., cf. Hagg. ii. II) era dar instrucciones, no por adición alguna a la Torá, sino solo como ordenanzas, *gezeroth*.

Con el tiempo, las *gezeroth* se volverían más numerosas y la Torá se volvería obsoleta en esa medida, una reliquia arcaica que ya no estaría en contacto con la vida religiosa del pueblo. Si este proceso no se detenía, el resultado sería la completa esterilización de esa vida religiosa. Fueron los fariseos quienes detuvieron ese proceso. Ellos, no menos que los saduceos, aceptaron con toda lealtad la Torá tal como la había dado Ezra, como la enseñanza divina impartida a Moisés y transmitida por él en beneficio de Israel. Pero aquí acababa el acuerdo con los saduceos. Porque los fariseos sostenían que la Torá era la herencia de todo Israel y no solo de los sacerdotes, y que el derecho a interpretarla pertenecía a todos y cada uno de quienes pudieran comprenderla, fueran o no sacerdotes. Disputaron el derecho de los sacerdotes a exigir obediencia a sus *gezeroth*, que según la teoría saducea *no* eran la Torá. Pero afirmaron que todo lo que se hiciera, o se exigiera que se hiciese, debía tener detrás la autoridad de la Torá. Por tanto, los antiguos usos, y la enseñanza tradicional dada por los sacerdotes, eran realmente la Torá y no meras *gezeroth*; la enseñanza tradicional tenía la misma autoridad que la enseñanza escrita, y podía demostrarse que cada tradición estaba implícitamente contenida en la Torá escrita con tal de ser interpretada correctamente. No bastaba con leer la Torá literalmente, como lo hicieron los saduceos, y decir que el significado literal era el único significado. Porque la Torá no era lo que los saduceos consideraban, un antiguo documento de contenido

¹⁸ Kaufmann Kohler (1843-1926) fue un líder del judaísmo reformista en los Estados Unidos. Jacob Zallel Lauterbach (1873-1942), especialista en el Midrash y el Talmud, fue un prolífico articulista de la *Jewish Encyclopedia*. [T.]

limitado y significado determinado, ni su autoridad se basaba solo en el juramento impuesto por Ezra, aceptado por el pueblo y considerado vinculante por su posteridad. Ciertamente, esa promesa era válida, pero la verdadera razón de que la Torá tuviera autoridad, según la visión farisaica, era que en sí misma era divina, no humana; era el registro de una revelación, no un mero libro de texto de preceptos; era mucho más que un documento antiguo cuyo significado podía agotarse y cuyas palabras podían perder gradualmente su fuerza; era un cuerpo de verdad y sabiduría divinas, no confinado dentro de límite humano alguno de propósito o significado, sino capaz de responder a la investigación del buscador devoto de cualquier época.

Esta es la exaltación de la Torá que he destacado como el descubrimiento único de los fariseos. No puede negarse que adoptaron de hecho esta visión de la Torá, pues todo el sistema talmúdico y la literatura que contiene y expone ese sistema son ininteligibles sin él. No sé cómo llegaron los fariseos a esta concepción de la Torá ni quién fue el primero en presentarla. Pero en Salmos 19:7-14 y Salmos 119 ya está declarada, y se podría decir incluso que Salmos 19 contenía la primera afirmación vigorosa del principio de la Torá divina, que su autor desconocido fue el hombre que primero dio a los fariseos la palabra maestra con la que produjeron tan maravillosos resultados. Lo que significó fue que recuperaron, para su propia época y todas las posteriores, de la vida religiosa y vitalidad del pueblo judío, la posibilidad del progreso espiritual continuo, la profundización de su vida religiosa. El fariseísmo fue desde el principio y en todas sus etapas una religión espiritual en el mismo sentido y, en general, en la misma medida en que el cristianismo es una religión espiritual, y quienes lo niegan son incapaces de interpretar la terminología farisaica. La fórmula en la que el matemático expresa la ecuación de un círculo no da al lector no instruido indicación alguna de la forma visible del círculo, pero su significado es el mismo, ya sea que se muestre en un diagrama o escrito en términos de x e y , o percibido por la mente. La crítica corriente de los fariseos está a la altura de la opinión de aquellos que no son matemáticos sobre el cálculo.

Para un tratamiento más completo de la teoría farisaica de la Torá, remito al lector a mi libro sobre el fariseísmo. Mantengo lo que he dicho allí, pero espero poder reescribir todo el libro en algún momento y presentar el caso más a fondo y con los resultados de un estudio posterior.

EPÍLOGO, DEL CAPITÁN HERBERT M. ADLER

El capitán Herbert M. Adler, al secundar el voto de agradecimiento al ponente propuesto por el Sr. H. S. Q. Henriques, presidente de la Sociedad Histórica Judía, dijo:

Siento un gran placer al secundar el voto de agradecimiento al señor Travers Herford por su erudita conferencia. Su tema me parece especialmente bien elegido, teniendo en cuenta el hecho de que estas conferencias se originan en el trabajo del difunto señor Arthur Davis en el Libro de Oración de la Fiesta Judía. El Libro de Oración tiene sus raíces en la vida espiritual de los fariseos. Su huella está muy marcada en sus páginas. Le dieron su forma y decidieron su perfil. Como sucesores de Ezra, moldearon las “Dieciocho bendiciones” que son la piedra angular de la liturgia. Por tanto, puede buscarse la teología de los fariseos en nuestras oraciones, con mayor seguridad que en los tomos del Talmud.

Como nos recuerda el difunto profesor Schechter,¹⁹ el Libro de Oración es en este sentido la mejor guía, ya que refleja los sentimientos colectivos de la sinagoga en su conjunto, rechazando los muchos dogmas individuales y a veces extranjeros que han encontrado un lugar en el Talmud. Las opiniones allí encarnadas a menudo están coloreadas y agudizadas por una controversia efímera, mientras que la liturgia surge espontáneamente de las creencias que encontraron su aceptación en la mente colectiva de Israel. Las concepciones religiosas surgen naturalmente con mayor verdad de un himnario que de un *Hansard*.²⁰

Si se considera entonces el Libro de Oración como el exponente de los ideales religiosos del fariseísmo, se revelará a la vez el error de esa visión distorsionada que durante tanto tiempo ha caricaturizado al fariseo como un hipócrita piadoso o, en el mejor de los casos, como un ceremonialista sin alma. Por mencionar dos de las calumnias más habituales que recaen sobre él: su austeridad y su formalismo. Las oraciones del shabat son una prueba abrumadora de la falta de fundamento de estas acusaciones. Están dominadas por la nota del deleite. El shabat es una novia, una reina, una corona. Es el hada madrina de Israel, esa Cenicienta cuyas hermanas mayores han condenado a la monotonía y la contumelia toda la semana. La confesión y la contrición, las oraciones por el pan de cada día y las mil necesidades de la humanidad se reservan para otros días. El shabat es la recompensa gratuita del amor de Dios; es el descanso perfecto de la mente y el cuerpo; trae consigo un “alma extra”. Ha venido directamente del cielo y, por tanto, es un anticipo del mundo por venir. La vasta cadena de prohibiciones que se supone que constituyen el shabat farisaico será buscada en vano en la liturgia para ese día. Las leyes relativas a las cargas, a los viajes, al fuego y la cocina, no encuentran su lugar aquí, no por ser ignoradas, sino solo porque son aceptadas, y por su verdadero valor. Son mera maquinaria. Es el espíritu lo que se glorifica aquí. Esencialmente, el shabat de los fariseos no era una cosa de negaciones. Tan difícil sería observarlo por meras abstenciones como componer un poema al evitar cantidades falsas.

La liturgia del Día de la Expiación es otro ejemplo. Apenas se menciona el acto desnudo del ayuno. Está la mordaz denuncia del falso ayuno de Isaías que forma la haftarah del día.²¹ Está la petición poética,

y todo el desperdicio
de fuerza y cuerpo gastado en este mi ayuno
te parecerá un sacrificio completo,

y ciertamente hay un pasaje donde se establecen las abstenciones del día. “Porque en tus abundantes misericordias”, dice, “nos has dado este Día de la Expiación, este día del perdón... un día en el que está prohibido comer y beber... un día para otorgar amor y amistad, un día para abandonar la envidia y la lucha”. Aquí no hay ascetismo mórbido. El Día de la Expiación es un “Yom Tov”. Decimos *She-hechyanu* por él como un regalo. Las velas se encienden cuando llega como un símbolo de la luz que trae al corazón y el hogar.

Nadie niega que hubo malos fariseos y, sin duda, el mal fariseo era muy censurable. “Los lirios que se enconan huelen mucho peor que las malas hierbas”. Pero no les estaba

¹⁹ ‘Some aspects of Rabbinic Theology’, p. 9, *seq.*

²⁰ Es el nombre con el que se conocen tradicionalmente las transcripciones de los debates parlamentarios en Gran Bretaña. [T.]

²¹ La haftará es la lectura pública de una porción de los profetas que se hace en la sinagoga, después de la parashá de la semana, la lectura de la Torá. [T.]

reservado a otros descubrir el fenómeno del hombre que espera las recompensas de Fineas por los hechos de Zimri.²² Hay un conocido Braitha²³ que enumera las diferentes especies de fariseos: el fariseo egoísta, el fariseo tambaleante, el fariseo calculador (que siempre lleva el cálculo de su libro celestial), el fariseo encorvado, el fariseo mandón, el fariseo trémulo y el único verdadero fariseo: el fariseo del amor a Dios. Aunque había monedas falsas en circulación, no siempre se aceptaba su valor nominal.

Me gustaría añadir una palabra personal sobre el difunto señor Arthur Davis. Cuando colaboré con él en el Libro de Oración de la Fiesta, la característica suya que más me llamó la atención fue su deseo de precisión perfecta. Ni por un momento perdió de vista el alto propósito de la obra, y una mejor segunda lectura o versión o incluso acento era *pasul*²⁴ a sus ojos. Era como ese escultor griego que no se tomaba menos molestias al modelar la parte posterior de su estatua para el nicho del templo, porque no se alzaba en homenaje al hombre, sino en honor a Dios que todo lo ve.

²² Fineas, descendiente de Moisés, luchó contra la idolatría de Israel (Números 25:10-13), mientras que Zimri cometió un magnicidio para usurpar el trono (1 Reyes 16:9-20). [T.]

²³ 'Aboth d' R. Nathan', ed. de Schechter, (A)c. 37; (B)c. 45. Sotah 22 b.

²⁴ *Pasul* es lo inadecuado, lo opuesto a *kosher*. [T.]